

El Talento Creador: A Propósito de Santiago Ramón y Cajal*

Dr. Francisco Alonso-Fernández

Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid. España.

Miembro de la Real Academia de Medicina de España.

Profesor Honorífico de la Universidad de Carabobo. Venezuela.

Fue Cajal sin duda un “hombre de una pieza”, construido sobre la tríada formada por la voluntad férrea, el exuberante amor propio y la loca ambición de éxito, cualidades acrisoladas por un talento creativo excepcional.

Los descubrimientos de Cajal polarizados en la realidad morfológica y fisiológica del sistema nervioso, no dejan de referirse también a la invención de nuevas pautas técnicas. Por ello se debe catalogar a Cajal por sus hallazgos al tiempo como un genio científico y un inventor, o sea como un descubridor de nuevas parcelas de la realidad y como un aportador de nuevas herramientas de trabajo. La identificación de Cajal como uno de los más excelsos talentos creadores científicos de todos los tiempos no ofrece dudas. El famoso fisiólogo Forster, con ocasión de la cena ofrecida por la Royal Society, de Londres, en honor de Cajal, destacaba que gracias a los trabajos del homenajeador “el bosque impenetrable del sistema nervioso se había convertido en un encantador y bien organizado parque”.

El talento creativo expuesto y demostrado mediante la plasmación de aportaciones originales constituye precisamente el emblema del genio (1), siempre distribuido en una amplia gama de creatividad entre los polos de la creación científica y la creación artística. A despecho de que la creación pura, nueva en su totalidad y libre de antecedentes, no es posible, los artistas se reflejan más como creadores y los científicos como descubridores. Así tenemos que antes de Dante no existía la “Divina Comedia” y sí en cambio la célula

nerviosa antes de haberla desvelado Cajal como una unidad estructural y funcional.

Todo creador requiere una adecuada preparación previa, siempre más prolongada para las ciencias que para las artes. En este punto se destaca precisamente Cajal, en alas de su temple heroico, por su doble condición de autodidacto y solitario. La soledad investigadora fue su compañera hasta la obtención de la cátedra en Madrid, donde le llovieron los discípulos. El gran histopsiquiatra alemán Spatz (2), que no se andaba con remilgos, afirmó con solemnidad: “*La vida de Cajal fue una vida heroica*”.

El autodidactismo de Cajal, no ha sido admitido sin controversia entre los que lo consideran como un investigador que se formó a sí mismo sin disponer apenas de medios, y los partidarios de asignarle apoyos y hasta enriquecer su humilde instalación como la dotación de moderno instrumental técnico, destacándose López Piñero (3) en este sentido con la mención de dos maestros. Indudablemente le asiste cierta parcela de evidencia al recordar como el psiquiatra y neurólogo Luis Simarro le puso al corriente sobre la tinción de las células nerviosas por el cromato de plata (método de Golgi), lo que impresionó a Cajal por la claridad y la precisión de las imágenes obtenidas en negro y pardo. Pero se trató de una enseñanza puntual, si bien desde luego clave en su trayectoria científica., como el propio Cajal reconoce en su autobiografía. En realidad, Simarro no fue un maestro suyo sino protagonista de un encuentro fundamental. Cajal le mostró siempre un profundo aprecio y agradecimiento.

Dos testimonios acreditan el autodidactismo de Cajal:

* Conferencia Magistral, Evento Pre-Congreso de la Facultad de Odontología; En el marco del IV Congreso de Investigación de la Universidad de Carabobo.

La opinión de Juarros (4), psiquiatra coetáneo suyo, que describe a Cajal como la penuria, al disponer únicamente de unos medios técnicos rudimentarios y la instalación de unas circunstancias ambientales tan opresoras como adversas, con lo que sólo contaba con el recurso de extraer fuerzas creativas de sí mismo. Y concluye con esta tajante afirmación: “Cajal se modeló a sí mismo, no tuvo maestro. No aprendió de nadie”.

El comentario todavía más evidente y rotundo de Tello (5) su discípulo predilecto, al glosar cómo el propio Cajal se defendía por escrito en 1933, en la segunda edición de su “carrera literaria”:

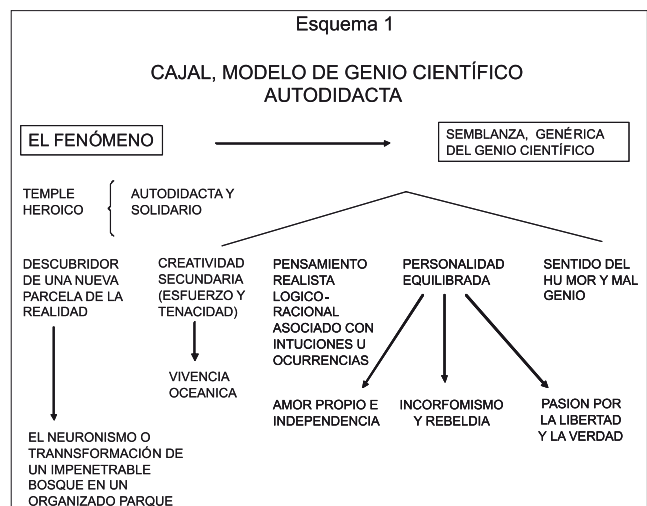
“En realidad, y sin desdeñar las enseñanzas de sus profesores, el autor de estos apuntes fue esencialmente un autodidacto. Orientado por la lectura de obras extranjeras, se educó técnicamente mediante perseverante labor personal, casi siempre solitaria, desarrollada en el laboratorio privado. Sus viajes de estudio al extranjero fueron siempre costeados de su modesto peculio, harto mermado por la adquisición de instrumentos, libros y revistas. Hasta tomar posesión de la Cátedra de Madrid (1892), careció de laboratorio oficial, de ayudante y colaboradores”.

Después veremos cómo no sólo fue un investigador solitario, sino una persona asediada a lo largo de su vida por la vivencia de soledad.

En el esquema 1, se sintetiza la semblanza genérica del genio científico, definido como un descubridor o de paradigmas (modelos con implicaciones metodológicas), o de un modo original de enfocar los problemas, o de una nueva visión de alguna parcela de la realidad, con un trabajo sustentado sobre todo por el hemisferio cerebral izquierdo. La semblanza compartida por los grandes talentos científicos se resume en cuatro rasgos:

- La creatividad de tipo secundario, basada en el esfuerzo y la tenacidad, o sea más influida por la transpiración que por la inspiración, con la culminación creativa vivida como una vivencia oceánica proporcionada por el éxito implicado en todo resultado creador.

- El pensamiento dominado por la inclinación lógico- racional. Con la curiosidad suficiente por buscar nuevas vías.
- La personalidad habitualmente equilibrada, a excepción del genio matemático con frecuencia afectado por un trastorno obsesivo-compulsivo, y dominada por estas tres dimensiones: la seguridad en sí mismo, el amor propio y el individualismo o la independencia; el inconformismo crítico y el espíritu de rebeldía; y, como fenómeno subyacente a las dos características anteriores, la pasión por la libertad y por la verdad.
- El sentido del humor asociado con cierto mal genio, lo que conduce a prodigar no sólo ironías dulces, sino sarcasmos agrios o feroces.



El científico creativo precisa para desarrollarse como tal contar no sólo con el concurso de una cierta preparación previa ad hoc, mínima en el fenómeno Cajal, y con un pensamiento a la vez razonador y rico en ocurrencias, sino con la participación de una serie de elementos anclados en la personalidad. De otro modo, su dotación creativa podría permanecer inédita. El comportamiento independiente y conformista del individuo creador despierta rechazo y fuerte hostilidad en los demás, y al tiempo repercute muy favorablemente sobre su propia motivación cognitiva e incluso sobre el método de su pensamiento. La motivación intelectual se ve entonces estimulada por la

liberación de la curiosidad y el pensamiento se siente empujado con nuevas ideas hacia un cauce propio desviado del surco común.

Cajal pudo mantener su difícil lucha científica sin abdicar de su posición beligerante, sin incurrir en claudicaciones, sostenido y alentado, como él dice, por su disciplina de voluntad. Resulta asombroso el acierto al pleno de Cajal en su autoconocimiento al localizar su virtud número uno en la disciplina de voluntad. La dirección venía dada por su pasión por la verdad. La voluntad de Cajal era la voluntad libre, o sea una voluntad equilibrada entre sus dos alas: la del estímulo y la de la inhibición, y además, una voluntad razonada. Este era el carburante de Cajal: la voluntad razonada. Su meta se lo proporcionaba la defensa de su verdad, que llegó a cubrir casi por entero su proyecto de vida.

En torno a la heroicidad presente en diversa medida en la vida de los grandes talentos de la ciencia, las artes y las letras, se erige como sólido baluarte defensivo el éxito del trabajo proporcionado por la vivencia creadora. Genios titanes del trabajo y martirizados por una vida cruel, al estilo de Kafka, Beethoven, Dostoievski, fueron liberados de las garras del suicidio por el inefable placer aportado por la vivencia oceánica: una experiencia de profunda felicidad personal, impregnada de infinitud y fascinación por el éxito, sin límites, sin principio ni fin, tan indefinida como un océano y con un presente tan dilatado que se vive con la sensación de que se ha detenido el tiempo, una experiencia apofántica coincidente en líneas generales con la vivencia mística.

Cajal no fue ajeno a la energía personal inyectada por la inconmensurable satisfacción de haber arribado a un nuevo horizonte científico. El proceso creador se alimenta de esta suerte a sí mismo. La nueva verdad, apunta con agudeza Hernando (6), surgía de repente en el espíritu de Cajal como una revelación. Tal fuente oceánica de energías suele ocupar una posición clave en la trayectoria del proceso creador.

Como efluvio humorístico cajalano ha seleccionado una sola muestra, equidistante entre la ironía y el sarcasmo:

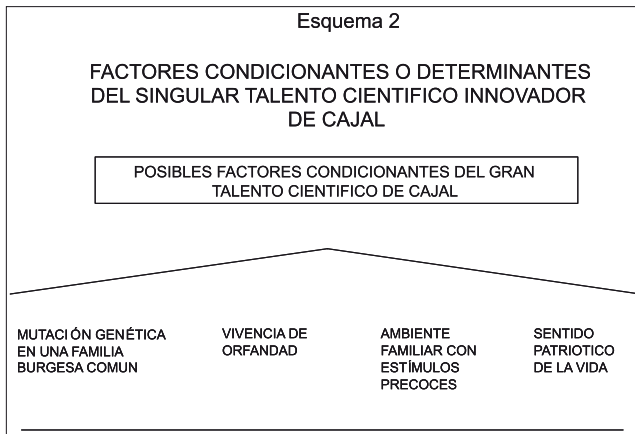
- *“Aunque el caso sea raro, se ven mujeres listas y hasta bellas casadas con imbéciles”.*
- *“¿Para elevarlos o para deprimirlos?, se pregunta. Lo último parece más probable que lo primero, responde”.*
- *“Concluye: Al revés del asno de Apuleyo, que recobró la forma humana comiéndose una rosa, estos infelices se comen una rosa para convertirse en asnos”.*

En *Charlas de café* dedica el capítulo XI entero, con una extensión de 43 páginas, a lo que él llama *“pensamiento de sabor humorístico y anecdótico”*. El humor era para Cajal una de las cosas más serias de la vida. La abundante gracia humorística de Cajal, entre irónica o paródica y sarcástica o cáustica, no le libraba de caer descontrolado en fregonazos de cólera explosiva. El conocimiento de la existencia de estos relámpagos amenazadores se debe a indicaciones de sus amigos y discípulos, ya que en sus memorias parecen haber sido totalmente omitidos. Por otra parte, es frecuente, casi constante, la presentación de hombres a la vez graciosos y coléricos en la galería de los grandes talentos. Genio y mal genio es un binomio asiduo. El mal genio de los talentos ha sido esculpido muchas veces con la catalogación de una *“santa indignación”*.

Las descargas explosivas coléricas de Cajal pueden haber sido fomentadas por la crisis de migraña que comenzó a padecer en la adolescencia. Dada su figura atlética corpulenta y su altura superior a la media, Cajal furioso o muy enfadado inducía un efecto intimidatorio en las personas próximas. Adelantaremos que en la familia de procedencia donde reside la clave psichistórica de don Santiago, dando respuesta al gran interrogante *¿Por qué fue cómo fue?*

Factores Condicionantes del Gran Talento Científico de Cajal

Los factores que más pueden haber influido en la determinación del excepcional talento científico de Cajal, se consignan en el esquema 2



Don Santiago fue el miembro más sobresaliente de un árbol genealógico situado en los órdenes intelectual, profesional y socioeconómico entre medio y alto. Se confirma una vez más que el genio surge en el seno de una familia común y hasta mediocre en virtud de una mutación positiva, o sea una brusca variación genética favorable como si fuera un regalo del azar.

Se crió en una familia patriarcal a tenor de la línea de su tiempo, que contaba con el privilegio sociocultural de hallarse encabezada por un médico rural. Una profesión del padre que dotaba a su entorno de unas condiciones propicias para operar como un despertador cognitivo temprano y una fuente de estímulos precoces para el desarrollo de las facultades cognitivas.

Las relaciones de Cajal niño y adolescente con sus padres están marcadas por la *distancia* silenciosa respecto a la madre, tan humilde como poco relevante, y por el *desacuerdo conflictivo permanente* con un padre tremendamente autoritario. Justo Ramón Casasús Cajal apenas se ocupa de la madre en sus relatos biográficos, como si fuera una figura evanescente. Juarros (4) supone, entre otras conjeturas, que ello puede haberse debido a que se trataba de una señora pasiva, apocada y por entero subordinada a la templada voluntad de su marido Don Justo, más bien como iremos viendo, don Injusto. Los conflictos de Cajal con el autoritario padre fueron casi constantes, llegando algunas veces al umbral del rompimiento entre el sentido práctico de la vida del progenitor y el lanzamiento romántico a la aventura de su hijo, en una palabra entre la autoridad y la rebeldía, entre el poder y el sentido de la independencia.

Esta profunda *disfunción paterno-filial* no debía haber sido en absoluto ajena a la protesta del hijo contra el arbitrario puritanismo paterno compatible con el desempeño de la función de amante con la planchadora de la casa.

Se daba así en Cajal la doble condición familiar favorable para elaborar la vivencia de orfandad sin ser huérfano realmente.

La *vivencia de orfandad* puede corresponder a una situación real o ser el producto imaginario de una mente infantil alentada por la ausencia de una imagen amorosa de los progenitores, como parece haberle ocurrido a Cajal. Desde Francia señala Bòurgois (7) “*Varios autores han mostrado estadísticamente la elevada incidencia del estatuto precoz de huérfano en los hombres eminentes*”.

Este dato resulta no sólo incuestionable para la estadística, sino imprescindible para la comprensión de *muchas personas extraordinarias* o eminentes y el esfuerzo personal para rellenar por sí mismos el vacío existencial de que adolecen al carecer de referencias de los progenitores, aportando elementos nuevos propios. La responsabilidad de identificar la motivación personal profunda de Cajal como nacida de sentirse huérfano, lanzado a la búsqueda de triunfos y éxitos, me incumbe personalmente, ya que no he visto nunca consignado este dato en las biografías de Cajal que he tenido oportunidad de consultar.

La sublimidad acumulada en Cajal se destilaba en las figuras de héroe y de patriota. El temple sublime de patriota le hizo revolverse con un sentido de individualidad contra su entorno en alas de un esfuerzo regenerador, tal vez el único esfuerzo regenerador efectivo en su tiempo. Los elogios como patriota le llegan a Cajal desde todos los ángulos.

Hay biógrafos cajalinos que perciben ya en la juventud de nuestro genio el móvil de dar a conocer al mundo o la ciencia española o simplemente el hombre español como existe. El patriotismo de Cajal no parece haber obedecido a un sentido folclórico exclusivista o totalitario, sino, al contrario, a un registro de amor a la tierra que se pisa y a la gente con la que se convive, como representación del universo y de la humanidad. El españolismo propugnado por Cajal trascendía

las fronteras, sin dejarse confiar por unos límites absolutos. Cajal trató en todo momento de sacudir el ostracismo de los españoles para elevar sus esfuerzos de trabajo y sus resultados a nivel de los países centroeuropeos. En definitiva, lo que profesaba Cajal, no era un patriotismo glorioso o excluyente, sino el sencillo afán de colocar al español al nivel del europeo, por entender que su posición inferior era una injusticia producto de las torpes circunstancias ambientales y la defectuosa organización.

Cajal Niño y Adolescente

Cajal fue uno de los cuatro descendientes del amor conyugal entre una mujer evanescente, descrita por los amigos de la familia como pasiva, apocada y subordinada al marido, y un hombre autoritario, duro, frío y pseudo puritano. Para Cajal la madre fue una figura poco relevante, apenas tomada consideración en sus memorias y libros autobiográficos, y el padre un bloque compacto de autoridad y disciplina, objeto de su rebeldía y de su antinormativa. Una pareja configurada por una madre ausente y un padre dominado por el afán posesivo y despótico conduce al vástago rebelde y revoltoso, con mucha frecuencia, a la vivencia de orfandad.

Tenía Cajal dos hermanas, que permanecieron solteras y siempre residieron en Zaragoza y un único hermano varón, llamado Pedro, dos años menor que él. Era Pedro una especie de hijo modelo, destacado como un muchacho dócil, sumiso, estudioso y simpático. El padre lo distinguió con un trato cariñoso y afable y; el siguió con toda mansedumbre la senda académica común, que le conduciría a hacerse con una cátedra universitaria. No sólo fue un gran Profesor de Histología (disciplina seguramente elegida a la sombra de su hermano), sino un médico práctico de éxito, mucho mejor dotado que Santiago para las relaciones humanas.

La disfunción paterno-filial entre Santiago y su padre don Justo cristalizó en la intimidad del niño en forma de una vivencia de orfandad y en el exterior como un niño indómito, rebelde, travieso y pésimo estudiante. Su hermano Pedro

vislumbraba en él no sólo rasgos de carácter negativo sino positivos (4):

“De inteligencia precoz, voluntarioso y original, con inclinación irresistible a las aventuras difíciles y peligrosas; desaplicado y díscolo, rebelde a toda disciplina en sus primeros años, lo mismo a la de sus maestros, que a la impuesta por sus padres”.

Ya en el bachillerato lo conceptúa como un “desaplicado enciclopédico”. Santiago disfrutaba en las refriegas callejeras de una reputación de invencible, fama conquistada gracias a un intenso entrenamiento atlético.

El famoso psiquiatra César Juarros (4), coetáneo de Santiago, destaca como las cualidades más sobresalientes de Cajal niño las siguientes: El recio amor propio, el miedo al ridículo, la ambición de capitanear el grupo infantil, el ansia loca de sobresalir, el descontento hacia el mundo circundante y como cúpula una voluntad enérgica e indomable. La animación de la rebeldía de Santiago, con rasgos de carácter positivos en el sentido de amor propio e independencia es propia de la personalidad del huérfano afanado en compensar su ocaso familiar con conquistas propias.

El lanzamiento del infante Cajal por sí mismo con el emblema de un ser independiente, sin dejarse dominar por un padre empeñado en hacerle médico desde antes de cumplir los 10 años, se deslizó hacia la aventura, la conquista de triunfos, la innovación y las correrías por el espacio extrafamiliar. Esta conducta le proporcionaba una mala fama entre los adultos que él fue el primero en lamentar.

También antes de cumplir los 10 años su padre lo llevó a Jaca para que continuase sus estudios en los Escolapios y encargó a los frailes que vigilaran su conducta con especial atención y le castigaran con severidad a la menor trasgresión.

El rechazo del mundo de los adultos por parte de Cajal se reactivó con la educación recibida durante sus estudios de bachillerato en este colegio de Escolapios, de Jaca. Habla Cajal incluso de “sentirse acobardado por aquel régimen de terror”. El único método pedagógico manejado allí era el

aprendizaje memorístico. Por fortuna, Cajal no se dejó amilanar por aquella disciplina cuartelera ni por la estrechez antipedagógica y se reinstaló en la *rebeldía*. Dada la superioridad física del enemigo disfrazado de educador que abusaba de su fuerza, en especial el Padre Jacinto, el desbravador de la comunidad, Cajal confiesa haberse dejado llevar por el ánimo de la venganza adoptando una postura de impasibilidad y desobediencia, una conducta cajaliana casi siempre muy astuta.

Cada castigo físico y mental que le propinaban *manu militari* los frailes con ánimo de *'desbravarle'*, sólo servía para que se exacerbara la rebeldía de Cajal (9). Al abandonar Jaca, algunos años después, Cajal se sentía reafirmado en su carácter independiente, travieso, indócil e indómito, incapaz de tolerar agravios y humillaciones. El temor al ridículo había sido completamente superado. Cajal confiesa entonces haber tenido ensoñaciones artísticas con las que se consolaba de su *"soledad sentimental"*. La *vivencia de abandono* seguía operando en su mente como la enzima fermentadora de un espíritu competitivo y un amor propio persistente incluso durante actividades lúdicas.

Cajal Joven (Primera Crisis Autobiográfica)

Hacia la edad de 16 años (adolescencia media hoy y a punto de iniciarse la etapa de la juventud en aquella época), se produce en Cajal un profundo cambio de actitud ante los estudios académicos y el mundo de los adultos, volviéndose responsable y estudioso. Se reconcilia con el sentido de autoridad y se muestra respetuoso con la disciplina normativa. Él mismo emite la sentencia explicativa: *"El tiempo de la informalidad había pasado"*.

Como factores determinantes de su radical cambio de actitud, selecciono por mi parte lo siguiente:

- La cristalización cada vez más densa de la vivencia de orfandad, con avidez de lograr triunfos progresivamente más completos y espectaculares, extendidos ahora al mundo de los adultos.
- La conmoción emocional suscitada por su primer enamoramiento, estado amoroso que

le comprometía por primera vez en su vida a abdicar de su independencia personal para ligarse a otra persona.

- La fascinación ejercida sobre él con la fotografía, el dibujo, la pintura con una vinculación a la anatomía
- Su feliz contacto con la Facultad de Medicina de Zaragoza.

Si bien *"el tiempo de informalidades había pasado"*, Santiago seguía mostrando los mismos rasgos personales básicos que anteriormente. En esta nueva trayectoria biográfica, de integración normativa, se le sigue describiendo, como un sujeto independiente, romántico, idealista, estudioso con moderación, solitario, tenaz, ansioso de sobresalir, un tanto polémico, y dotado de una tremenda curiosidad por el conocimiento, sobre todo anatómico, e instalado en la atalaya personal formada por un arrollador amor propio incontenible. Su morfología se configuró definitivamente como un biotipo atlético acusado, merced a los efectos inducidos por la continuada práctica de gimnasia. Cajal entraba en la vida adulta como un muchacho fuerte y sano.

Una prueba que lo marcó con la impronta de la adversidad fue el destino de médico de sanidad militar en la campaña de Cuba. El mozo entusiasmado en el punto de partida ante la perspectiva de vivir una colosal aventura en la *"Isla Lagarto"*, regresa a España en mayo de 1875 saturado de penalidades que pueden sistematizarse en un paludismo de notación grave potenciado con la debilidad física inducida por una alimentación escasa inadecuada y el espíritu resquebrajado por un sinnúmero de adversidades personales y patrióticas en el probable marco de un estado melancólico.

Durante la estancia en Cuba le habían llegado con regularidad las cartas de su novia o amiga. Se desilusionó de ella tan pronto la reencontró al regresar a España. Fue una desilusión parecida a la que sobrecogió al personaje fúnebre de su novela liliputiense *El pesimista corregido* (10).

El hombre joven pesimista protagonista de la novela se siente embargado por el humor depresivo y la soledad, con una visión negra de la vida, impregnada de desesperanza, amargura y tristeza,

sin el menor atisbo de placer y la sensación de inutilidad y fracaso, con la sombra de la hipocondría y el presagio de la muerte. Este llamado pesimista no es capaz de percibir a la mujer amada sino como un montón de carne amorfa y arrugada. Se produce en él un cambio radical cuando se siente animado por la instalación en su casa de “*un laboratorio micrográfico y bacteriológico*”, lo que le permite reincorporarse a la corriente de la vida. Una descripción tan detallada y certera del atormentado mundo melancólico como la que forma la trama de esa novela resulta muy difícil o imposible de lograr, si no se cuenta con la base de la experiencia personal. El propio Cajal reconoce en algunos momentos haberse servido de la lectura como “*antídoto contra la desesperanza, el dolor, la tristeza y el tedio*”, un acoplamiento sintomatológico de acusado signo melancólico.

En contra de lo que se ha mantenido algunas veces, la dedicación de Cajal a la lectura y el estudio no se limitó a las obras médicas y anatómicas. Fue un consumado lector asimismo de obras filosóficas. Los filósofos predilectos suyos fueron Shopenhauer y Nietzsche. Se ufanaba de poseer un tesoro inmaterial: “*Mi botín espiritual son los diez mil volúmenes de la biblioteca*”. Cajal se interesó asimismo por la obra de Freud cuando esta se encontraba en estado naciente. No se sintió atraído por ella por entender que su autor se dejaba llevar más por la idea de establecer una teoría sensacional que por el deseo de servir a la causa de la verdad científica.

Cajal Adulto

A los veinticuatro años Cajal carecía de experiencia amorosa, ni siquiera había besado a una mujer. A los veintisiete años, une su destino a una mujer aragonesa, de Huesca, doña Silverio, con dos años menos que él, con la oposición de su padre.

La unión matrimonial representó para el Cajal veintisieteañero un prometedor oasis dentro de la situación de aislamiento en que vivía, confinado en una pensión a causa del antagonismo con su padre. La oposición de don Justo a la boda fue irreductible, por lo que la ceremonia nupcial se celebró en la ,más estricta intimidad, sin la

presencia de otro familiar que su hermano Pedro y sin ningún invitado. Una vez más, demostró Pedro con su acompañamiento en momento biográfico tan significativo para Santiago, profesarle un gran cariño fraternal, impregnado de admiración científica por sus descubrimientos. Fue Pedro la primera persona en creer en ellos, cuando el escepticismo era la tónica general que le rodeaba.

Anteriormente entre ambos hermanos se había interpuesto una atmósfera de rivalidad infantojuvenil, alentada por diferente trato proporcionado por su padre: en tanto que Santiago era objeto de duras reprimendas y severos castigos familiares, Pedro dócil y simpático, tenía fascinado a don Justo, acreditado como don Injusto por esta notable desigualdad, y por otras arbitrariedades, como la de tener por amante a la planchadora de la casa.

A despecho de la actitud de su progenitor, Pedro crecía en los valores de Santiago, lo que le condujo a presentarle su colaboración, preparación que le ayudó a obtener la cátedra de Histología de Cádiz a fines del siglo XIX.

Santiago sentó su plaza de casado como un cariñoso padre y esposo, aunque abstraído por su pasión a la lectura, el estudio y la investigación. Siempre entendió como su responsabilidad primordial la dedicación al trabajo extradoméstico, reservando para Silveria el cuidado del nido.

Sin pudor, revela Cajal en sus escritos autobiográficos cómo su esposa aragonesa le descargó de la responsabilidad familiar cotidiana permitiéndole permanecer recluido en el laboratorio la mayor parte del día.

La serena estabilización conyugal en los planos personal y material permitió a Cajal concentrar sus esfuerzos en la preparación de las oposiciones a cátedra, labor que culminó tres años largos después con el éxito de ganar la Cátedra de Valencia en 1883, con el criterio unánime del tribunal, presidido por cierto, por el prestigioso Profesor Letamendi, el autor del apotegma “*el médico que sólo sabe medicina, ni medicina sabe*”. Por esta época, la situación con su padre, que siempre había sido tirante, alcanza el carácter de una auténtica ruptura.

El genial investigador del cerebro no alcanza el mismo nivel como profesor universitario. Su catalogación como un profesor discutido o polémico se debe a que en esta tarea no ponía tanto interés como en el laboratorio. La enseñanza en la cátedra le servía sólo como el medio que le permitía entregarse a la labor de investigación. En este mismo sentido hablan los alumnos de un comportamiento atropellado durante las clases, aceleración atribuida al deseo de abandonar el aula lo antes posible para volver al trabajo con el microscopio y las preparaciones histológicas. La investigación se había erigido en el gran proyecto de su vida. A ello se agrega que Cajal hablaba con suma sencillez en la Época de Oro de la Retórica. Su asombrosa claridad no fue bien entendida o valorada.

Sólo ejerció como médico de forma esporádico: en el servicio hospitalario de su padre y durante su breve permanencia en Cuba, y más tarde en forma de algún escaqueo con la medicina privada. Un nuevo motivo de disentiendo con el padre fue suscitado por la pretensión del progenitor de apartarle de la carrera universitaria para que se dedicara al ejercicio de la profesión.

Además de su hobby por el ajedrez, en su época de catedrático en Valencia mostró un interés especial por los fenómenos hipnóticos y el espiritismo. Después de varios devaneos peligrosos a causa de la elementalidad de su propio criterio acerca de estos fenómenos, la ingenua asistencia a sesiones espiritistas, programadas para el engaño y la farsa, y la compañía de personas poco recomendables, tipo de *mediums*, logró Cajal salir airoso de este laberinto, merced a adoptar estas dos convicciones: primero, la hipnosis obedece a un mecanismo de sugestión que es una cualidad del cerebro y al tiempo una técnica que puede ejercer efectos curativos; segundo, los fenómenos espiritistas, propicios al fraude y la superchería, obedecen a las artimañas de los *mediums*.

Cajal, Anciano (Segunda Crisis Psico-biográfica)

Entre los 60 y los 70 años se produce la segunda metamorfosis de Cajal. Como había ocurrido en la primera, afecta a su actitud pública y social y

respeto sus atributos personales básicos. El cambio consistió en pasar de ser un genial investigador a ejercer como un anciano sabio predicador, o sea la transformación del quijote del microscopio en el caballero del quijotismo, entendiendo por quijotismo una ideología de nobleza, a la vez que una fantasía y un trabajo estéril.

Entre los factores determinantes del cambio, hay que destacar, la jubilación o la retirada progresiva del laboratorio, la acumulación de galardones gloriosos y fantásticos homenajes, la mitificación por los compatriotas como consejero y consolador y el esfuerzo por la regeneración de un a España mortificada y decadente.

Cajal fue jubilado en la cátedra en 1922, al cumplir 70 años. Pero ya antes, en la última década, había dejado de prestar tanta atención a la investigación y a la enseñanza como anteriormente, al ser traído y llevado por un tropel de homenajes y compromisos. Al jubilarse, el Gobierno se negó a otorgarle una pensión vitalicia "*para no sentar precedente funesto*".

Cajal se siente en la cumbre de su proyecto de investigación en 1888, al que llama "*mi año de fortuna*", por razón de los descubrimientos logrados. Seis años después, en 1884, con 42 años, obtiene la cátedra central en Madrid. A partir de entonces se le acumulan los agasajos, los honores y los homenajes. Académico de la Real Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1897 y la Real Academia Nacional de Medicina en 1906, el mismo año en el que se le otorga el Premio Nobel por sus descubrimientos sobre el sistema nervioso humano, galardón compartido con Golgi.

Cajal, por primera vez *dócil*, se apresta a cumplir el papel de sabio convocado por las circunstancias para convencer a sus compatriotas de que el atraso científico nacional no se debía a una insuficiencia colectiva constitucional o genética sino a una actitud sociocultural equivocada.

En su última época, ya no es Cajal un investigador de ciencia sino un sabio/apóstol de la cultura patriótica regeneradora. Se metamorfosea nuestro genio de trabajador infatigable de laboratorio en un perspicaz predicador de cultura desde el púlpito seglar nacional.

Cajal había creado un nuevo clima intelectual en España, acrisolado con la creación de la Junta de Ampliación de Estudios y de Investigación Científica en 1907, presidida por él mismo. La fundación de esta junta suponía otorgar una vertebración nacional al esfuerzo prodigado por Cajal con su sabio aleccionamiento. En 1920, el Ministerio de Instrucción Pública creó un laboratorio de investigaciones biológicas bautizado con el nombre de Instituto Cajal. Según Marichal (), el discurso académico de Cajal *Reglas y consejos para la investigación científica* (1987), fue el libro español que más vocaciones alentó en el comienzo de siglo.

Familiarizado con las ideas metodológicas de Bacon y Descartes, no se recata Cajal (12) en indicar la inexistencia de reglas lógicas para hacer descubrimientos. Como las cualidades morales que debe poseer el investigador señala la independencia de juicio, la perseverancia en el estudio, la pasión la pasión por la gloria, el patriotismo y el gusto por la originalidad científica, elementos extraídos de su auto examen introspectivo.

Cajal, en aras de su nueva misión apostólica de patriotismo regenerador, se desvía del campo de la genialidad investigadora para cultivar el ejercicio de la sabiduría. En este sentido tenemos que diferenciar tres especies de seres humanos extraordinarios: el genio, el superdotado y el sabio. Mientras el genio se caracteriza por ir más allá de lo conocido por la vía de la creatividad, el superdotado se distingue por su capacidad para procesar los conocimientos y manejarlos, acompañado de un triunfo generalmente precoz en los medios académicos, en virtud de su facilidad para el uso de la inteligencia fluida, y por su parte el sabio se define por la especial disposición para el auténtico aprendizaje de las experiencias de la vida y su transmisión a los demás por la vía de la comunicación comprensiva y ágil, labores posibles gracias a una excelente inteligencia cristalizada. El sabio, a diferencia del genio, percibe y elabora, pero no inventa ni crea.

El Cajal sabio sustituye al hermético laboratorio por la tribuna política, la mentalidad enclaustrada por el discurso en el ágora. Un cambio radical acontece así en los hábitos de Cajal, quien hasta entonces había optado por tener muchas ideas

a expensas de reducir el número de sus amigos. Instalado en la cumbre, las gentes se disputan su atención y su amistad.. España, como Delfos, dispone a partir de este momento de un oráculo propio. Con mayor o menor fortuna, Cajal gustó en profundidad de escribir sobre materias no científicas en los últimos años, transmitiendo consejos y sugerencias henchidas de una vena patriótica. En el caudal de su pensamiento vibra la indignación contra toda opinión que niega al español condiciones para la actividad científica.

Cajal, modelo de huérfano imaginario, se deja fascinar por la inmensa ola de cariño nacional para transformarse en un sabio mitificado por los alicaídos españoles de su tiempo para ofrecerles un respaldo y consuelo, permitiéndoles incurrir a veces en la distorsión de su auténtico perfil humano al adjudicarle elementos religiosos, metafísicos y políticos a los que él era en realidad ajeno.

No excluye a nadie de sus arengas políticas y nacionalistas, a mi entender más ansiosa de solidaridad que xenófilas y raciales, seguramente percatado de la resistencia hispánica a entregarse al trabajo sin humillación ni vergüenza: *“También vosotros, obreros y pequeños industriales, podéis contribuir poderosamente a la magna empresa de nuestro engrandecimiento... ¡Oh, cuánto ganaría la riqueza nacional si nuestros fabricantes, pequeños industriales y obreros se persuadieran bien de que el beneficio duradero y positivo brota exclusivamente de la originalidad, de la perfección o de la baratura extrema de la obra!...”*. Y los jóvenes: *“Marcha joven, sin detenerte, a la conquista de la honra y de la patria. Los hombres de hoy sólo podemos mostrarte el camino. Tú debes recoger el fruto de esta enseñanza y preparar una España del porvenir que nos venga de la España presente”*.

Si su padre don Justo había abusado de la proyección de las ideas sobre santiago mediante un plan de lucha que no cesó nunca tratando de desviarle de su definida trayectoria biográfica, independiente y adscrita a la investigación desde los dieciséis años, el héroe Cajal proyecta una imagen sobre el pueblo español como un sabio para estimular el amor al conocimiento, sin dudar el ponerse él mismo de ejemplo. Eso sí, pidiendo a menudo disculpas cuando va desgranando

recuerdos, por ejemplo cuando en *Recuerdos de mi vida* (9) pide perdón al lector por su vanidad senil para entusiasmarse con sus escritos de treinta y nueve años antes dónde halla “*un fervor de pasión hacia el estudio de los arcanos de la vida que en vano buscaríamos hoy en los escritos primerizos de la ponderada, ecuánime, circunspecta y financiera juventud intelectual*”.

Reconoce Cajal en la última época de su vida que varias declaraciones suyas han tenido la censura justa merecida y que “*hoy, dieciocho años después, no puedo releer aquellas ardientes soflamas sin sentir algún rubor. Me molestan recriminaciones exageradas o injustas, el tono general declamatorio y cierto aire patriarcal y autoritario impropio de un humilde obrero de la ciencia. ¿Qué autoridad tenía un pobre profesor, ajeno a los problemas sociales o políticos, para censurar y corregir?*”. Y extiende su crítica a los llamados regeneradores del 98, cuyo esfuerzo, dice, sólo les sirvió para obtener sueldos y prebendas, ya que “*la retórica no detuvo nunca la decadencia de un país*”.

En su estudio sobre el *Quijote* (13) se destaca como uno de los escasos escritores de su tiempo que ha aportado reflexiones atinadas y profundas sobre el texto. Mientras los miembros de la generación del 98 se escindían, llevados por la pasión estéril y hasta ridícula, en cervantinas y quijotistas, Cajal discierne la psicología mórbida y patológica de don Quijote del fenómeno denominado quijotismo. Su visión de don Quijote como un enfermo mental auténtico representa un foco de claridad en un sector cubierto por la especulación más o menos gratuita y hasta por la negación del trastorno mental sufrido por el hidalgo, recurso utilizado para defenderse inconscientemente contra la propia incapacidad de reflexionar sobre la mentalidad enferma o patológica. Su certero enfoque no le impide caer en la trampa cervantina de atribuir el trastorno mental del hidalgo a la sugestión ejercida por la lectura de los libros de caballerías. Esta entrega, según he consignado en trabajos míos (14,15), constituye, por el contrario, la primera avanzadilla sintomatológica del padecimiento mental del hidalgo Alonso Quijano, o sea, en lugar de ser la causa, es la consecuencia.

Cajal llega a preguntarse: “*¿Por qué Cervantes no hizo cuerdo a su héroe?*” y se inclina por atribuir la obligada anormalidad mental de don Quijote a que en otro caso no habría abandonado la blanda vida burguesa para lanzarse a una vida de arriesgadas aventuras. De otro lado, capta con suma precisión la ideología de nobleza y justicia contenida en el quijotismo. Su único sector oscuro es haber rebajado a Sancho a la condición de un pobre pueblerino refranero y socarrón. Se identifica con don Quijote y mantiene que España está llena de Quijotes.

Con todo, su mayor error, dictado desde luego por la humildad, fue el de vaticinar en *Recuerdos de mi vida* que su personalidad se diluiría en el progreso de las ciencias, tal vez a tenor de lo que había ocurrido con otros grandes investigadores. No ha sido así: por fortuna, la historia de la ciencia universal sigue reconociendo a Cajal como una de sus piezas gigantescas básicas.

El independiente psihuérfano, aislado del mundo y de su familia de origen, vivencia sin que la razón vital esté en contra suya, su culminación creadora y sabia como un producto del esfuerzo individual y de la férrea voluntad, factores que le acompañaron desde su tierna infancia hasta la muerte, acaecida el 17 de octubre de 1934 a los 82 años de edad. Es por ello que su compañero de Premio Nobel, el portugués Egas Moniz puede afirmar, sin faltar del todo a la verdad, que el Maestro de la histología neurológica no conoció la vejez, olvidando que había padecido arteriosclerosis progresiva y una sordera que lo volvió irritable y le hizo encerrarse en sí mismo.

Casi siempre que me ocupo de Cajal, concluyo más o menos con estas líneas: He aquí un huérfano imaginario, un heroico navegante solitario por la vida, que, acuciado por el vacío de la orfandad, extrajo fuerzas de sí mismo (el trípode formado por la voluntad, el amor propio y el ansia de éxitos), para avanzar a contracorriente, primero como un muchacho rebelde, después como un adulto genial descubridor de un nuevo mundo cerebral y finalmente como un anciano sabio predicador animado por la vana pretensión de cambiar a España y a los españoles. Un hombre de una pieza que sin cambiar su personalidad básica disfrutó

de una plasticidad dinámica excepcional, que le permitió enriquecer su vida de talento genial con dos mutaciones: la primera en el tránsito de niño a joven y la segunda en el tránsito de adulto a anciano.

Referencias

1. Alonso-Fernández F. El talento creador. Rasgos y perfiles del genio. Madrid: Ensayos y temas de hoy, 1996
2. Spatz, H. Ramón y Cajal y la teoría del la neurona. Folia Clínica Internacional. 1952; 2 (6): 245-253.
3. López Piñero, J. M. Los momentos de Cajal. Eidon 1999; (0):37-44.
4. Juarros, C. Ramón y Cajal. Vida y privilegios de un sabio. Madrid: Ediciones Nuestra Raza, 1935
5. Tello, J. F. Recuerdos de Cajal. Rev. Ibys. Número homenaje a Cajal, 1952: 87-98
6. Hernando, T. Cajal: el hombre. Rev. Ibys. Número homenaje a Cajal, 1952: 99-108.
7. Bourgeois, M. Psychopathologie et psychobiogenèse du génie et de la créativité. Annales Médico-Psychologiques, 1993; 151 (5): 408-415
8. Ramón y Cajal, S. La juventud de Cajal contada por su hermano. La Psicología de los artistas. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1954
9. Ramón y Cajal, S. Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica. Madrid: Alianza Editores, 1981.
10. Ramón y Cajal, S. El pesimista corregido. Barcelona: Ediciones G. P., s.f.
11. Marichal, J. El secreto de España. Madrid: Taurus, 1995
12. Ramón y Cajal, S. Los tónicos de la voluntad. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982
13. Ramón y Cajal, S. Psicología de don Quijote y el quijotismo. Madrid: Galileo, 1994
15. Alonso-Fernández, F. El Quijote y su laberinto vital. Barcelona: Anthropos, 2005
16. Alonso-Fernández, F. El quijote entre la usurpación y el delirio. Madrid: Fundación Aventis, 2005

